

Rusia: La larga y negra sombra de Putin

Ángel Ferrero, Mischa Gabowitsch...

29/12/2013



La amnistía y el ucace nº922 descolocan a los medios y a la oposición

El pasado 19 de diciembre la Duma aprobó una amnistía general para 12.000 presos a propuesta del presidente ruso y con motivo del vigésimo aniversario de la adopción de la Constitución de la Federación Rusa. De la amnistía se beneficiaron tanto Nadezhda Tolokónnikova y María Aliójjina, las dos integrantes del grupo *punk* Pussy Riot que aún se encontraban en prisión, como los treinta activistas del *Artic Sunrise* de Greenpeace, arrestados en septiembre cuando intentaban ocupar una plataforma petrolífera en protesta por las futuras prospecciones en la región. Al día siguiente Vladimir Putin firmaba el ucace 922 que ponía en libertad al oligarca Mijail Jodorkovsky, una medida anunciada el día anterior en rueda de prensa. Jodorkovsky fue puesto inmediatamente en libertad tras haber cumplido diez años de condena en diferentes prisiones, y el mismo día aterrizaba en Berlín, donde fue recibido por el exministro alemán de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher. El viaje fue posible gracias a Ulrich Bettermann –el propietario de OBO Betterman, una empresa con unos beneficios de 500 millones de euros en el 2013–, quien puso a disposición de la operación su avión privado (¿quién ha dicho que ya no existe la solidaridad de clase?). Jodorkovsky se alojó en el lujoso Hotel Adlon, y el domingo ofreció una rueda de prensa en el Museo del Muro de Berlín, donde declaró que no tenía intenciones de recuperar sus activos de la desaparecida Yukos ni participar en política. Dos días después anunció su intención de exiliarse en Suiza. Según recoge el diario *The Guardian*, Angela Merkel participó personalmente en los esfuerzos por liberar a Jodorkovsky, y ello desde hacía años. Tras el apoyo del exministro de Asuntos Exteriores, Guido Westerwelle, a los manifestantes proeuropeos en Kiev, y del anuncio del Presidente alemán, Joachim Gauck, de que no asistirá a los Juegos Olímpicos de invierno de Sochi, Alemania parece encaminada a convertirse en uno de los principales centros de la política antirrusa de la Unión Europea.

Jodorkovsky: un 'robber baron' à la russe

A pesar de que el apoyo público para la liberación de Jodorkovsky había aumentado estos últimos años a causa de su larga estancia en la prisión, muchos rusos no olvidan su pertenencia a los oligarcas que saquearon el país en los noventa, y su causa no despierta demasiadas simpatías. La biografía de Jodorkovsky ha quedado relegada estos últimos días a un segundo plano, cuando no desaparecido. De joven, Jodorkovsky fue un ambicioso *apparatchik* del Komsomol que aprovechó la *perestroika* para iniciar su carrera empresarial. Reunió su primer capital comprando ordenadores para revenderlos en Rusia, y con él estableció el banco Menatep, que en 1995 adquirió la petrolera Yukos por 300 millones de dólares, un precio inferior a su valor real y que algunos autores atribuyen a un turbio acuerdo con el entonces presidente, Borís Yeltsin. Su presidencia, según la revista *Foreign Affairs*, no estuvo exenta de los manejos financieros de la Rusia post-soviética: desde las dudosas prácticas fiscales –Yukos compraba petróleo a sus propias empresas subsidiarias a precios muy inferiores al mercado (1'70 dólares, cuando su valor real era de 15 dólares)– hasta la liquidación de instalaciones y la transferencia de beneficios a cuentas corrientes en el extranjero, probablemente controladas por testaferros durante su estancia en prisión. Jodorkovsky fue arrestado en octubre de 2003 acusado de fraude fiscal y evasión de impuestos.

Aparentemente, también se negó a aceptar la llamada vertical de poder que caracteriza al gobierno ruso desde la llegada de Putin y que obliga a los oligarcas a subordinarse a ella si quieren mantener su cuota de poder, o exiliarse en Londres como alternativa. Por ese motivo las autoridades rusas tenían un especial interés en proporcionar a Jodorkovsky un castigo ejemplar, que también sirvió para comunicar a la opinión pública que los excesos de los noventa quedaban atrás y se entraba en una nueva fase económica.

Pussy Riot: una causa engullida por el stardom

El *affair* Pussy Riot constituye un buen ejemplo de cómo se trata de manipular a la disidencia desde el extranjero. Un artículo editorial de la revista *Cho Delat* de agosto de 2012, titulado “¡Apoyad a Pussy Riot, pero apoyad también a los obreros kazajos!” contrastaba el eco mediático de Pussy Riot con el seguimiento informativo de la represión contra un grupo de mineros en huelga en Zhanaozen, al oeste de Kazajistán, que terminó con al menos 14 muertos. “Las Pussy Riot son *cool* y fotogénicas y los obreros del petróleo no lo son. Al juicio de Pussy Riot pueden asistir los periodistas occidentales que residen en Moscú, algunos de los cuales pueden sentirse con aires de superioridad porque –en los últimos cuarenta años, más o menos– los artistas supuestamente blasfemos ya no son perseguidos de manera tan burda en Europa occidental. No sólo los diarios liberales (*The Guardian*, *The Independent*, etcétera), sino incluso los diarios de derechas como *The Daily Telegraph* y *The Daily Mail* simpatizan.” En la misma línea, Kevin Rothrock, recordaba en *Global Voices* que, cuando Tolokónnikova se declaró en huelga de hambre, también lo hicieron un grupo de madres de niños con discapacidades en Volgogrado en protesta contra los recortes en las ayudas sociales. Su portavoz, Yelena Grebeniuk, intentó llamar la atención de los medios de comunicación y las redes sociales sin éxito. ¿Por qué tan poca gente prestó atención a la protesta de las madres de Volgogrado? Rothrock responde: Tolokónnikova siempre aparece desafiante y radiante en los tribunales, e “inclusos sus críticos mencionan su sexualidad, mientras que el vídeo de Yelena Grebeniuk en YouTube, que no llega a las 250 visitas, muestra a una mujer de mediana edad sentada bajo un retrato de Lenin. Rodeada de botellas de cola y en chándal, Grebeniuk se encuentra muy lejos de ser una estrella del rock.”

La oposición, fuera de combate

La amnistía y la liberación de Jodorkovsky se han presentado como una medida del gobierno para reducir la presión internacional durante los Juegos Olímpicos del próximo mes de febrero. Pero éste no es el único motivo. Según el editor de *Rabkor.ru*, Borís Kagarlitsky, tanto la prensa occidental como los medios de comunicación rusos liberales concentraron estos últimos años toda su atención en los casos de Jodorkovsky, Pussy Riot y, este año, de los activistas de Greenpeace. El Kremlin adoptó en consecuencia, como escribe Kagarlitsky, “una solución simple y razonable”: liberarlos a todos. Jaque mate: no sólo quedan así anuladas tres campañas que desgastaban la imagen del gobierno, sino que los medios de comunicación pierden sus mejores fichas. Es muy poco probable que veamos a los medios de comunicación occidentales y a los rusos liberales dedicar su atención los próximos meses a la reforma de la Academia de las Ciencias –la oposición a la cual lidera el Partido Comunista (que cuenta con un considerable apoyo entre los académicos)– ni a las campañas para la liberación del antifascista Alekséi Gaskárov o el coordinador del Frente de Izquierdas Serguéi Udaltsov, bajo arresto domiciliario, por citar tan sólo a dos de los encausados por el caso Bolótnaya (quienes participaron el 6 de mayo de 2012 en una manifestación antigubernamental que terminó con disturbios y enfrentamientos con la policía). Las propias declaraciones de Aliójinina a su salida de la prisión –“estoy indignada porque no salieron en libertad todos los presos políticos condenados por el caso Bolótnaya”– han pasado en buena medida desapercibidas, e incluso obviando el sesgo político de los medios de comunicación, estos tres casos han sido los proverbiales árboles que impiden ver el bosque, que no es otro que el sistema judicial y penitenciario ruso, que, a pesar de sus evidentes deficiencias, no ha sido objeto de análisis ni crítica.

Todo lo que les queda a los medios de comunicación occidentales y a la oposición liberal rusa, dada su aversión natural hacia las cuestiones sociales, es la denuncia de la homofobia. El giro ideológico conservador del gobierno ruso trata de galvanizar a su base electoral en previsión de la llegada de la crisis económica al país. La elección de los homosexuales y no de un grupo étnico o religioso como chivo expiatorio no es casual: en un país tradicionalmente patriarcal, donde existe una enorme diversidad étnicoreligiosa, y donde la iglesia ortodoxa ha recuperado su influencia desde la desintegración de la URSS y el consiguiente desengaño ideológico, se trata de una minoría estigmatizada a la cual muy pocos rusos están dispuestos a apoyar públicamente. Sin embargo, cualquier campaña en apoyo a los colectivos LGTB en Rusia deja a los estados occidentales que las pongan en marcha en una posición ciertamente incómoda, revelando su hipocresía moral. ¿Cómo puede Estados Unidos denunciar una ley contra la propaganda de las relaciones sexuales no tradicionales –ciertamente destinada contra los homosexuales– en Rusia y permitir al mismo tiempo que se ejecuten a homosexuales en Arabia Saudí? Si la homofobia es el motivo del presidente alemán o del premier británico a los JJ.OO. De Sochi, ¿por qué ninguno de ellos se ha pronunciado sobre la criminalización de la homosexualidad en Qatar, que será la sede del Mundial de Fútbol del 2022? El hacha de la Guerra Fría no está tan enterrada como parecía.

“Es erróneo presentar la política rusa como una batalla entre el Kremlin y la oposición”. **Entrevista**

Mischa Gabowitsch (Moscú, 1977) acaba de publicar en Alemania *Putin kaputt!?* (Berlín, Suhrkamp, 2013), un exhaustivo estudio sociológico sobre la ola de protestas en Rusia durante el periodo de 2011-2013, sus causas profundas y su impacto en el país. Gabowitsch es investigador asociado en el Einstein Forum en Potsdam, en el estado de Brandemburgo, desde donde dirige un proyecto de investigación sobre los cambios de las formas de protestas en la Rusia contemporánea. Le entrevisto para La Directa, **Ángel Ferrero**, miembro del comité de redacción de SinPermiso.

En el invierno de 2011 comienzan las protestas en Rusia. ¿Por qué no antes?

Los años previos hubo diferentes olas de protestas masivas. Rusia vio una protesta a escala nacional en el 2005 en respuesta a la monetización de las prestaciones sociales, y también hubo protestas regionales en el 2008 y en el 2009 en las regiones de Kaliningrado y Vladivostok. También hubo numerosos movimientos locales, por ejemplo, contra la recalificación del suelo público. Las protestas que comenzaron en diciembre de 2011 estuvieron causadas por un pucherazo en la Duma, la cámara baja del parlamento. Ya antes se habían manipulado elecciones, pero ésta era la primera vez que había una red de observadores del mismo país y no internacionales, que colgó videos e informes que se vieron en la red, generando una ola de indignación que no se limitó a Moscú y San Petersburgo.

La prensa occidental habla con frecuencia de “la oposición”, pero la oposición es una amplia coalición de grupos que incluso tienen agendas enfrentadas, como demuestra el ejemplo de que en ella se encuentren tanto el Frente de Izquierdas como los nacionalistas rusos. ¿Quién es la oposición y cuál es su objetivo?

En Rusia es muy importante distinguir entre los manifestantes en las protestas y la oposición. La mayoría de los participantes en las protestas desconfían de la oposición política organizada, que sólo representa a una pequeña fracción de aquellos que asistieron a las manifestaciones y otros actos de protesta. “Oposición” significa, por una parte, los partidos políticos que están bien integrados en el sistema político autoritario, incluso si en ellos existe una disidencia interna considerable, y los grupos de oposición extraparlamentaria y las redes como la organizada por Alexéi Navalny, por la otra. Dentro de estos grupos hay una variedad ideológica inmensa, a menudo se organizan en torno a la figura de un líder y carecen de democracia interna, a pesar de que están transformándose en redes horizontales. En cualquier caso, están obligadas a cooperar más allá de sus limitaciones ideológicas precisamente porque son débiles. En cualquier caso, la política rusa continúa siendo personalizada en extremo: una misma organización puede tener objetivos y puntos de vista muy diferentes en dos regiones distintas dependiendo de quien sea el líder local.

¿Hubo protestas más allá de Moscú?

Mis colegas y yo creamos una base de datos detallada de los actos de protesta y eslóganes a partir de noviembre de 2011. Hubo protestas en todas las regiones de Rusia con únicamente tres excepciones, y también en muchas otras ciudades en el extranjero, a pesar de que el tamaño, el contenido de las reivindicaciones, los organizadores y la retórica de las protestas varía de manera significativa. No fue, en cualquier caso, un movimiento basado exclusivamente en Moscú, incluso si ésta es la imagen que se tiene porque los periodistas y bloggers tienden a centrarse en Moscú e ignorar el resto del país.

¿Quién apoya a la oposición en Rusia? ¿Y quién al Kremlin?

Es erróneo presentar la política rusa como una batalla entre “el Kremlin” y la oposición. La vida política está determinada por una densa red de lealtades, por ejemplo, en torno a los gobernadores regionales. Ni los partidos de la oposición ni Rusia Unida tienen muchos seguidores en el sentido más estricto del término. Lo que los diferencia es la manera en que movilizan a sus seguidores: las instituciones estatales y las empresas que dependen del estado ejercen con frecuencia presión sobre sus empleados para que asistan a las manifestaciones pro gubernamentales. Quienes protestan de manera más activa contra Putin son a menudo personas relativamente independientes de esta presión, por ejemplo, trabajadores autónomos o desempleados.

¿En qué estado se encuentran las protestas?

La ola masiva de protestas que comenzó en diciembre de 2011 se desvaneció en buena medida a comienzos del 2013. Sin embargo, aún se producen todo tipo de protestas locales. Lo más importante, empero, es que el período de movilización ha creado muchas redes y asociaciones civiles, así como grupos especializados, como asociaciones de observadores electorales a nivel local o activistas anticorrupción.

Muchos activistas han decidido concentrar sus esfuerzos en las elecciones, como hemos podido ver en las recientes elecciones regionales que han tenido como resultado la elección de varios candidatos sin ninguna afiliación con Rusia Unida.

Borís Kagarlitsky ha escrito que las autoridades rusas temen mucho más a una crisis económica y a los movimientos ciudadanos que se ocupan de temas que preocupan ala ciudadanía –como la vivienda o los precios de la energía–, mucho más que a la oposición, especialmente a los liberales que apoyan a Navalny en Moscú. ¿Está de acuerdo?

Lo estoy, y añadiría que Navalny debe su éxito en buena medida a su habilidad para dirigirse a la población con temas como la vivienda y el mantenimiento de las infraestructuras municipales, de manera que facilitan a la gente implicarse *on-line*. Las protestas más recientes no han sido, ciertamente, un movimiento de la “clase media”, pero la mayoría estuvieron organizadas por los ciudadanos con un mayor nivel educativo. Hubo muy poca participación obrera. Si el resentimiento crece entre los sectores sociales con una mayor movilidad y menor educación, las autoridades podrían comenzar a perder el control del aparato de represión estatal, y eso les supondría un peligro mucho mayor que las grandes protestas contra la corrupción. También reforzaría el poder de los políticos regionales y les proporcionaría un mayor poder de negociación frente al Kremlin.

De hecho, según sus conclusiones, las protestas podrían tener como resultado una reconfiguración del estado ruso, hacia un modelo más federal. ¿Cuál es la situación de las minorías nacionales en Rusia?

La cuestión del federalismo es diferente de la de las minorías nacionales, ya que muchas de las regiones tienen una mayoría de población étnicamente rusa, y muchas de las consideradas minorías viven fuera de su región titular. En Rusia, la estructura política de las regiones es mucho más importante que si son definidas como regiones de minorías étnicas. Si el sistema estuviese menos centralizado, las diferencias estructurales entre regiones serían más visibles: el dominio dictatorial de Ramzán Kadírov en Chechenia dejaría de recibir el apoyo económico del Kremlin y la pluralidad de Kaliningrado y Karelia se expresaría con una mayor claridad, pero las regiones más pobres perderían todavía más ventajas con respecto al resto.

¿Cómo han modificado las protestas la política de Rusia Unida y el resto de partidos de la oposición, especialmente del Partido Comunista d ella Federación Rusa (PCFR)?

La administración presidencial parece no poder apoyarse ya en Rusia Unida como mecanismo principal de consolidación de las élites como solía hacerlo en el pasado, y hoy encontramos una competición en el seno del partido, ya que sus candidatos necesitan tener un atractivo popular real. Los partidos de la oposición se enfrentan a un dilema: mantener su cómoda posición en el interior del actual sistema político o expresar abiertamente su descontento, con el riesgo de perder el acceso a sus privilegios. El PCFR es un buen ejemplo: en el 2011-2012 era la organización más visible en la protesta en varias regiones, pero sólo unos pocos miembros, y a título individual, se han arriesgado a oponerse activamente a la administración presidencial en la Duma. La nueva ley de partidos, más abierta, ha llevado a la creación de toda una serie de nuevas formaciones, lo que genera una presión para proponer alternativas reales, pero también les resta apoyo a los pocos partidos que pueden tener la oportunidad de ser un desafío al actual sistema político.

¿Cuáles son las principales características de lo que en el libro se describe como “sistema Putin” y que popularmente se conoce como “vertical de poder”?

Es un sistema que se basa de manera muy clara en las redes clientelares del estado y a todos los niveles, que comienza con los amigos personales de Putin en su cúpula y de ahí parte hacia abajo, hasta llegar a las administraciones pesonales. Estas redes han dominado siempre la política rusa, pero con Putin se integraron en un sistema único. El conflicto político y la competición no quedan eliminados, pero se ocultan a la opinión pública porque se ha convertido en un proceso interno de la élite en lugar de una campaña electoral. La administración presidencial actúa como árbitro final porque puede distribuir los recursos y utiliza el aparato represor para reforzar sus decisiones.

¿Cómo valora el auge del nacionalismo ruso?

“Nacionalismo ruso” es una expresión bajo la cual se agrupan muchas cosas. El desarrollo más preocupante estos últimos años es el crecimiento de la violencia xenófoba, que no ha parado de crecer incluso si el nivel de homicidios en Rusia, que anteriormente era muy elevado, ha estado cayendo lentamente. La violencia se concentra en alguna de las ciudades de mayor población y los principales objetivos son los ciudadanos rusos del Cáucaso Norte, así como los trabajadores migrantes procedentes de Asia Central que viajan a las ciudades en temporada alta. Tanto el estado como los grupos de la oposición, incluyendo los liberales, han estado utilizando a estas personas como chivos expiatorios, reinterpretando problemas sociales como problemas étnicos. Por desgracia parece que esta tendencia continuará con toda probabilidad, un eco, a un nivel mucho más grave, de los desarrollos que también vemos desplegarse en

Europa.

¿Cómo están afectando las protestas al creciente rol geopolítico de Rusia? ¿Cómo un cambio de sistema afectaría a este rol?

Hasta ahora ha habido muy poca influencia directa, porque la política exterior rusa es mucho menos susceptible a la presión popular que la de otros países, y hay muy pocas razones para creer que los adversarios de Putin llevaran a cabo una política exterior radicalmente diferente. Sin embargo, la insistencia de Putin en el principio de soberanía nacional y su aversión a la intervención internacional en países como Libia o Siria también tiene que ver con su propio temor a que otros países fomenten la disidencia en Rusia. Se trata de una perspectiva muy improbable, pero el temor es muy real.

Àngel Ferrero es miembro del comité de redacción de *SinPermiso*; **Mischa Gabowitsch** es autor de *Putin kaputt!?* (Berlín, Suhrkamp, 2013) e investigador asociado en el Einstein Forum de Potsdam, Alemania.

Sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores.

www.sinpermiso.info, 29 de diciembre 2013 y *La Directa*, 342